

CARLOS MARTINEZ SILVA, 1847-1903

4

INCONSECUENCIAS DOCTRINARIAS

CPD. 32.4.2861

1896



BOGOTÁ

—
IMPRESA DE LLERAS

do dos campos de investigación que pueden tocarse á veces, pero que tienen demarcaciones propias.

Y aun hay otra razón más poderosa: á las ciencias meramente experimentales, como la física y la química, no se vinculan intereses egoísticos; mientras que á la sombra de los sistemas políticos se forman, se arraigan y se extienden amafios y conveniencias personales, y surgen odios y rencores, refractarios de suyo á los llamamientos de la razón.

Trátase de convencer de la justicia intrínseca de la democracia á una clase oligárquica, que deriva todos sus medros y honores de las desigualdades sociales, y se verá cuán firmes, hondas y sistemáticas son las ideas de los favorecidos y privilegiados. Y si del seno de la clase misma llegare á salir alguna voz discordante que dé la razón á los que se quejan, ¡qué escándalo, qué indignación, qué coro de dictorios y amenazas contra el insolente que se atreve á pensar con su cabeza y á dar oídos á los dictados de su conciencia!

¡Para qué, preguntamos, formulan los partidos programas políticos, y se expiden leyes, y se promulgan constituciones!

Suponemos que será por que con esas leyes y esas instituciones se espera labrar la felicidad de los pueblos, asegurándoles la paz, propendiendo á su perfeccionamiento y al armónico desarrollo de sus elementos industriales y morales.

Y si después de hecho el ensayo, aparece que la receta no salió bien, que los resultados son contrarios á lo que se esperaba, ¡qué habrá de hacerse!

Pues lo que vemos practicar todos los días á nuestras mujeres en achaques culinarios: repetir el experimento, cambiar el operario, mudar los componentes, combinarlos de diversa manera y en proporciones distintas; y si después de todo ello, los mantecados, verbigracia, resultan pasta incomedible, tirar la receta y buscar otra, y finalmente desechar, por inútiles, los ingredientes allegados.

Esas no son materias de fe, ni cabe en ellas argumento de autoridad, ni las excomuniones son de recibo cuando se trata de juzgar de la bondad de una fórmula de aplicación práctica.

Y si de la fórmula ó receta pasamos al operario, ¡qué pensar de la obligada consecuencia y de la fe ciega y tenaz que se exige entre nosotros á los miembros de un partido político respecto de sus maestros y conductores?

¿Cuándo se ha tachado de inconsecuente al jefe de un establecimiento industrial que recibe un empleado, provisto de excelentes recomendaciones, y lo despide luego por encontrarlo inepto, ó perezoso ó improbo?

Observa Buckle, con razón, que la virtud de la lealtad de los españoles para con sus reyes, lealtad que no reconocía en ellos defectos ni posibles errores, ha sido causa eficiente de la pérdida de todas las libertades de que aquel pueblo disfrutó en un tiempo.

Podemos, por lo mismo, decir que es preocupación funesta y perniciosísima sobre todas, la de la *fe política*, que mata en los pueblos el espíritu de investigación, de análisis y de prudente desconfianza respecto de hombres é instituciones, consagrando como inmortal lo existente.

¿Por qué son los ingleses el pueblo mejor gobernado de la tierra? Pues porque ellos no creen, en estas materias, sino en lo que *ven*; porque juzgan de las leyes y de los sistemas, por sus frutos; porque no se dejan embancar por los Dulcamaras políticos, entregándoles sus bienes á cambio de principios, de tesis y de discursos.

Aquí sucede precisamente lo contrario: programas, principios, lucubraciones filosóficas. Eso es lo que se ofrece al pueblo, y con eso se engaña y se esclaviza también á los partidos. Y cuando alguien pide hechos, se le contesta con desdén, ó con ira: "Vosotros, los adoradores de la materia, sois incapaces de comprender el mágico poder de los principios y de la fe política! Tened de ésta siquiera como un grano de mostaza, y vuestras miserias se os harán llevaderas, y os guardaréis de encontrar defectos en vuestros gobernantes, y pagaréis con humildad vuestros impuestos, sin la necia pretensión de saber en qué se invierten."

Todo esto es muy cómodo... para los que mandan, y sería también tolerable para los de abajo, si no se viera que á las veces los depositarios de los principios *puros* imitan á aquellos sacerdotes paganos de que nos habla la Escritura, que exigían sacrificios en especie, hechos con fe sencilla, y luego, al caer la noche, retiraban de las aras del altar los panes, y las palomas, y los corderos, y las ánforas de vino, para entregarse á sus cenas y embriagueces.

Mucho irrita y afana á ciertos hierofantes la difusión del científico escepticismo político en Colombia; y á fe que en ello llevan razón, porque el día en que se acabe aquí la fe en los específicos y en las palabras mágicas de los curanderos de oficio, la explotación de los pueblos se hará difícil y aun arriesgada.

Empezar á dudar es empezar á aprender, y si no estamos equivocados, en nuestra tierra las gentes que piensan un poco, comienzan yá á desconfiar de la virtud de ciertos fetiches, y acabarán por reírse de ellos en sus barbas y por volverles la espalda con desprecio, si es que no derriban también el ara y el templo.

Diariamente se nos hace á nosotros, por ciertos revededores de *principios*, el cargo de haber cambiado de opiniones políticas en los últimos años, aunque sin precisar esos cambios, cuando ellos saben que no hay otra cosa en el fondo que amargos desengaños respecto de novísimas doctrinas, y sobre todo de prácticas corruptoras con que á los conservadores se les ha venido adoctrinando mafiosamente, para hacerles olvidar las gloriosas tradiciones republicanas que en otro tiempo les dieron valor para la lucha y les sirvieron para ganar el apoyo de los pueblos.

¿Que hemos cambiado? Por supuesto que sí, en el sentido indicado; y vergonzoso sería para nosotros, diremos parodiando la célebre respuesta de Gladstone á Disraeli, no haber aprendido nada con todos los años que tenemos encima, y con todo lo que hemos visto, sentido y palpado últimamente.

Pero ¿seremos nosotros los únicos responsables de tan mal pecado? ¿Los que se embarcan en una nave, no experimentan también la ilusión de creer que quienes se alejan son los que se han quedado en el puerto?

Para fijar este punto, apelaremos á un solo documento, de autoridad incontestable y de fuerza avasalladora. Nos referimos al programa del partido conservador, formulado en el número 5.º de *El Deber*, correspondiente al 15 de Octubre de 1878, y del cual tomamos las siguientes cláusulas:

.....

II

“Nuestro partido, que es decididamente defensor de la *unidad nacional*, no ha sido *federalista*, ni lo es, en su gran masa, por convicción ni por temperamento; y considera que la actual federación de *Estados soberanos* es una verdadera anarquía y conduce la República fatalmente á la disolución... Pero tampoco pretende promover el espantoso trastorno que resultaría de la acción de una política que derrocara las instituciones actuales, sustituyéndolas con la centralización. Partidario como es de una justa y acertada *descentralización* que no perjudique á la unidad nacional; habiendo contribuído no pocos de sus miembros, de 1855 á 57, á establecer los Estados federales (no *soberanos*); habiendo tenido la virtud de organizar en 1858 la federación, por respeto á la opinión del país; habiendo obrado oficial y política-

mente conforme á las Constituciones de 1858 y 1863; y teniendo yá veinte años de práctica (siquiera muy defectuosa y violenta) las instituciones federativas, el partido conservador las acepta lealmente, por patriotismo y amor á la paz, como hechos consumados.

.....

VII

No reconocemos que á ningún gobierno sea lícito, á título de representar la *soberanía* de la Nación ó del Estado, atropellar los derechos privados, faltar á los contratos y compromisos contraídos, violar la *fe pública*, modificar por sí sólo las reglas del Crédito público, confiscar los bienes de los particulares, ni gravarlos, siquiera sea para salvar el orden legal, sino por medio de contribuciones autorizadas por las leyes y distribuidas proporcionalmente, conforme á principios de equidad. Es absurdo querer salvar el *orden legal* violando el *orden natural* ó los principios fundamentales del *orden social*, entre los cuales acaso el más importante es el de la PROPIEDAD. Los gobiernos están sujetos á las leyes de la moral, del honor y del crédito, lo mismo que los particulares; y los que no respetan el derecho y la palabra empeñada, lejos de ser elementos de *seguridad* y *conservación*, es decir, *gobiernos*, son instrumentos de *corrupción* y *disociación*.

.....

IX

Si todos los *miembros* del partido conservador somos creyentes, sincera y decididamente católicos; si como *individuos* tenemos una fe, un dogma, una conciencia y una Iglesia; si nuestro principio de criterio es la idea suprema del DEBER, como ley de Dios, de donde emanan todos los principios de la *moral*; y si como partícipes de una *comunión* religiosa, reconocemos y obedecemos la *autoridad* que la gobierna,—no por eso, como PARTIDO POLÍTICO, tenemos ni levantamos *bandera religiosa*. Como *creyentes*, somos incontrastables en nuestra fe y la defenderemos hasta rendir la vida; como *ciudadanos* reunidos en *partido político*, no mantenemos *alianza* con nuestro respetado Clero; es decir, no pretendemos que el Clero se convierta, de necesaria y sublime entidad moral y religiosa, en *potencia política* ó *cuerpo militante* en las cosas *temporales*; no queremos que él, apareciendo en *lucha política*, corra las contingencias de esta lucha, quedando así la Iglesia expuesta á la persecución, la confiscación de los escasísimos restos de sus bienes, y la esclavitud!

.....

XI

El partido conservador protesta contra la supresión de las libertades municipales, debida al radicalismo; sistema que, exagerando la descentralización *política* respecto de los Estados, hasta hacerlos *soberanos*, ha establecido en ellos la absorción y el aniquilamiento de toda vitalidad municipal.

XII

Quiere y exige el partido conservador que haya real, pura y eficaz *administración de justicia*; y para ello, que no haya impunidad en los delitos, sino penalidad *positiva*; que los jueces no estén sujetos á la corrupción política; que se modifique seriamente el sistema de jurados, ó se le suprima donde no pueda funcionar con provecho.

XIII

El partido conservador rechaza el *militarismo*, el *reclutamiento*, y las guardias *prstorianas* deliberantes y con intervención directa en la política; quiere una organización militar verdaderamente *fuerte, democrática y nacional*, y sin soldados *sufragantes* ni *genizaros*.

XIV

Queremos un sistema electoral honrado, libre, puro, decente, noble, verdadero, exento de todo pandillaje, aceptable, por sus principios y su práctica, para el patriotismo y la dignidad de los ciudadanos. Hoy día no hay elecciones sino zambras y fraudes.

XV

Queremos que el gobierno sea verdaderamente *barato*; no mezquino y parsimonioso, pero sí reducido, por su costo, á lo necesario y conveniente para la *conservación*, la buena *administración* y un legítimo *progreso*;—á fin de que los pueblos no sean abrumados con excesivos impuestos y contribuciones, y no se estimulen los furros de la *empleomanía* ni los instintos de concusión.

XVI

Por lo demás, el partido conservador quiere practicar una política noble, generosa y verdaderamente fraternal. Tolerancia todas las ideas emitidas con sinceridad, y las discute sin enfado; y sólo pide á sus adversarios lo mismo que él tiene por regla: *moralidad*. Ha sido oprimido, empobrecido, ultrajado y cruelmente tratado desde 1861; pero quiere olvidar todo agravio, y de ningún modo aspira á vengar ofensa alguna. Lo que reivindica es el *derecho*; lo que quiere es la *paz*, la *legalidad*, la justa y honrada *libertad*, el *orden* fundado en el cumplimiento del *deber* común, y la *conservación* de la República, en nada incompatible con el legítimo *progreso*, inseparable del *bien*. Por tanto, lejos de rechazar á ningún hombre de buena voluntad, cualquiera que sea su antigua filiación política, que quiera cooperar al triunfo de la justicia, el partido conservador, como que es verdaderamente *nacional*, abre los brazos, sin rencor ni espíritu mezquino, á todos los colombianos patriotas.

XVII

En fin (para reducirnos á los puntos más importantes), no rechazamos en manera alguna las *mejoras* materiales. Las apoyamos con decisión, si son racionales en sus *finés*, y en el *modo* de realizarlas. Lo que rechazamos es: el sistema *socialista* (pues profesamos

mos los principios de la ciencia económica) de hacer á los Gobiernos *empresarios* de todo; de deslumbrar con especulaciones falaces; de acometer obras no reclamadas por los intereses del país y superiores á sus recursos; de comprometer con desacordados empréstitos el porvenir de la República, y de contraer, por fantásticas empresas, compromisos que desequilibran los Presupuestos y aniquilan el Crédito nacional."

Este programa no fue expresión aislada del pensamiento de un periodista, como pudiera decirse del que publicaron en *La Civilización* D. Mariano Opina y D. José Eusebio Caro, veintiséis años antes.

Por lo pronto encontramos que las ideas del Redactor de *El Deber* fueron calurosamente acogidas por un grupo de respetables conservadores, que sían ó debían saber lo que decían y por qué lo decían, según aparece del siguiente documento:

"Bogá, 25 de Octubre de 1878.

Señor doctor José María Samper.—Present

Al reducir usted á fórmulas precisas, en el número 5.º de *El Deber*, las ideas del partido conservar sobre los puntos principales de política y religión, de moral de legislación que se han discutido en Colombia, de algunos años atrás hasta la época presente, ha interpretado usted *fiel y exactamente* los sentimientos, las ideas y las aspiraciones de nuestro *partido*. El programa que usted ha presentado es, en lo esencial nuestro programa, y por el triunfo de las ideas en él contenidas *estamos luchando hace mucho tiempo y lucharemos en lo fut.* Usted puede dar por puestas nuestras firmas al pie de ese documento, y si lo tiene á bien, publicarlo de nuevo con ellas, cuando lo juzgue oportuno.

Al hacerle la presente manifestación permítanos usted agregar la expresión de nuestro reconocimiento por el trabajo que usted se ha impuesto, por la inteligencia y exactitud con que ha fijado las cuestiones, y por la fidelidad que ha interpretado el pensamiento de sus

Verdaderos amigos y estimadores sinceros, (1).

Antonio B. Cuervo, Carlos Holguín, Vicente Ortiz Durán, Sergio Arboleda, José Joaquín Ortiz, José Alcides Rojas, Carlos M. Urdaneta, Rafael Pombo, Rafael Ortiz,ardo Carrasquilla, Lázaro María Pérez, Manuel Briceño, Migu. Caro, Carlos Martínez Silva, Diego Rafael de Guzmán, F. Feza Plazas, Jerónimo Argáez, Filemón Buitrago, José E. Caro, Gabriel Rosas, Máximo A. Nieto, A. González Toledo, Federico ro, Eugenio M. Herrán, José L. Camacho, Pedro P. Cervant'omás Pardo B., Carlos Eduardo Coronado, Manuel J. Páramo, Rafael Arboleda M., Marcos Díaz, Diego Fallon, Víctor Mallari, Jorge Holguín, Ramón Argáez, Juan Trujillo, José María Qui Otero."

(1) Si nuestros recuerdos no nos eng, esta carta fue redactada por D. Miguel A. Caro.

En pos de esta carta, vinieron adhesiones, que corren publicadas en el mismo periódico *El Deber*, de los conservadores de Bogotá, y luego, de los de todos los pueblos de la República; de tal suerte, que al pie de aquel documento quedó formado un verdadero empadronamiento del partido.

Dicho programa, libremente aceptado, ampliamente discutido y dilucidado por la prensa conservadora de aquella época, debe, pues, tomarse como expresión fiel y auténtica de las ideas y aspiraciones de nuestro partido, en vísperas ya de verificarse la evolución política que lo trajo al poder.

Con ese programa se reorganizó el partido después de la derrota en 1876; con él se dirigió á la Nación, anunciándole la buena nueva, y prometiendo que esa sería la base de las instituciones que habrían de darse al país en el día de la victoria, y que de acuerdo con él se gobernaría y se administrarían los intereses públicos.

Obsérvese también que el programa se presentaba como correctivo de las faltas y errores del liberalismo, probados ya en diez y seis años de gobierno. Allí quedó, pues, consignado cuanto era motivo de agravio, cuanto se pedía y cuanto se prometía. Fue algo como un pacto solemne concluido entre el partido conservador y la República.

Vino al fin la anhelada posesión del poder público, y como consecuencia inmediata, la expedición de la Constitución de 1886.

¿ Interpretó ella fielmente aquel programa, que no podía haberse olvidado tan pronto ?

Unos dirán que sí, otros que no. En la discusión de este punto no entraremos, porque nos apartaría de nuestro fin actual, y porque, siguiendo nuestra tesis, las constituciones y las leyes no deben juzgarse sino en vista de su aplicación y de sus resultados.

¡ Ah ! ¿ Pero la práctica cuál ha sido ? Vuélvanse á leer, una á una, las cláusulas que quedan transcritas, y hágase, punto por punto, el cotejo de ellas con el estado á que ha llegado hoy la Regeneración, en su plena madurez, regida por el hombre que dicen la interpreta y representa mejor; y dígase qué ha quedado en pie de todo aquello, qué letra no se ha borrado, qué abdicación no se ha cometido.

¿ Habrá rostro conservador que no se encienda hoy de vergüenza, habrá conciencia honrada que no se sienta humillada, habrá voz alguna que se atreva á sostener que hemos sido consecuentes y leales con nuestras promesas de ayer ?

¿ Será que el partido conservador, en masa, y por un solo golpe de luz, en un momento dado, cual nuevo Saulo en

el camino de Damasco, trocó todo su sér íntimo, y renegó de su historia, de sus glorias, de sus hombres y de sus viejas tradiciones, quemando, como el Sicambro, los dioses que había adorado?

¿Podrá suponerse que todas aquellas promesas, tan hermosas, tan honradas y patrióticas, sólo se hicieron para engañar á los pueblos, para adormecer á los adversarios, para asaltar el Poder, con artes de ladrón ratero, para representar una inmensa farsa, la más infame y vergonzosa, por lo consciente y premeditada, de las que puede registrar la historia de pueblo alguno?

¡Imposible! Semejante absurdo moral debemos rechazarlo con indignación de conservadores y de colombianos. Y si ello es así, por fuerza habrá que aceptar el otro extremo del dilema: luego el partido conservador, compuesto en su mayor parte de hombres dignos y honrados, ha sido miserablemente engañado; con su honra se ha jugado; su nombre y su bandera han sido convertidos, por obra de traidores, en judio y escarnio de las gentes.

Manes de los Ospinas, de los Arboledas, de Caro, Berrío, Herrán, Oárdenas, Gutiérrez Vergara, Fernández Madrid, Ortiz, Samper, Posada, Pérez, Briceño, ¡levantaos y decidnos: ¿es esta vuestra obra? ¿fue esto lo que soñasteis para vuestra Patria? ¿Para esto sacrificasteis y ofrendasteis vida, hacienda, familia y reposo?

No: vuestra protesta indignada palpita aún, en vuestros hechos, en vuestros escritos, en vuestras enseñanzas y ejemplos.

Y ahora preguntaremos: ¿Quiénes son los inconsecuentes, quiénes los desleales y volubles?

¿Seremos acaso los que, á pesar de nuestros cándidos errores, hemos alzado de tiempo atrás la voz para denunciar las abdicaciones, para señalar los abusos, para recordar al partido su honra y sus compromisos, para volver adonde estábamos ayer, en los días de fe y de esperanza, para honrar nuestras propias firmas y ser fieles hasta á nuestros antecedentes de familia?

No: ¡Los inconsecuentes son otros!

Son los que cuando estaban vencidos y pobres, prometieron el reinado de la justicia, de la moralidad, del respeto á todos los derechos; y cuando se encaramaron en el poder se mostraron insolentes y duros, y pisotearon la justicia, y atropellaron los derechos de los ciudadanos, é hicieron de la irresponsabilidad daga y escudo.

Los que se alzaron, á la sombra de la prensa libre, para amordazarla después. (1)

Los que dijeron: "tampoco pretendemos promover el espantoso trastorno que resultaría de la acción de una política que derrocara las instituciones actuales, sustituyéndolas con la centralización"; y cuando estuvieron en el Poder lo centralizaron todo, anularon la misma autonomía seccional que la nueva Constitución reconoció, mataron todo germen de vida en el Municipio, y concluyeron por absorber hasta su mismo partido, privándolo de su independencia, de su iniciativa, de su organización, de sus responsabilidades y aun de su nombre.

Los que declararon que no pretendían "convertir el clero, de necesaria y sublime entidad moral y religiosa, en potencia política ó cuerpo militante en las cosas temporales"; y después no han ahorrado trazas y amafios para ver de poner aquella veneranda institución al servicio de mezquinas combinaciones de círculo, y de una política de intransigencia, no justificada siquiera por agresiones actuales.

Los que protestaron contra "el militarismo, el reclutamiento y las guardias pretorianas deliberantes," y contra los "soldados sufragantes y genízaros"; y en el poder han convertido el país en un vasto campamento militar, empleando el mismo odiado reclutamiento; y haciendo del ejército abrumadora máquina electoral, han inutilizado casi hasta el fraude á que antes apelaban los partidarios en los trances apurados.

Los que pedían "sistema electoral honrado, libre, puro, decente, noble, verdadero, exento de todo pandillaje, aceptable por sus principios y su práctica, para el patriotismo y la dignidad de los ciudadanos"; y cuando llegó el caso de hacer efectivas estas promesas, decretaron la exclusión en masa del partido vencido y de porción muy considerable del mismo partido vencedor, dejando á uno y otro sin representación en el Cuerpo legislativo y en las Asambleas departamentales.

Los que proclamaron una "política noble, generosa y verdaderamente fraternal"; y en el poder han practicado solamente la política del odio, del exclusivismo, de la persecución y de la mutilación suicida.

(1) Es de notarse que el programa conservador nada dijo respecto de prensa; luego es de suponer que, por entonces, no se deseaba introducir cambio alguno á lo existente. ¿Podrá explicarse tan significativa omisión por la necesidad que los conservadores tenían de la prensa absolutamente libre como elemento de oposición?

Los que ofrecieron "gobierno barato, reducido por su costo á lo necesario y conveniente para la conservación, la buena administración y un legítimo progreso"; y en cambio nos han dado un gobierno caro, doblemente caro, no sólo por los sacrificios que impone á los pueblos, sino por su nulidad casi absoluta en lo relativo á la buena administración y á las obras de progreso.

Los que rechazaron "el sistema socialista de hacer á los gobiernos empresarios de todo; de deslumbrar con especulaciones falaces; de acometer obras no reclamadas por los intereses del país y superiores á sus recursos"; y luego han seguido el sistema diametralmente opuesto, convirtiendo el gobierno en árbitro y dispensador de todos los bienes sociales; alimentando y fomentando la peste asoladora del *contratismo* y el consiguiente desenfrenado apetito de especulación, que rebaja los caracteres y corrompe las conciencias.

Los que durante la dominación liberal, conspiraron crónica y desenfadadamente, y siempre que pudieron se alzaron en armas contra los gobiernos constituidos; y hoy piden hasta el patíbulo para los futuros revolucionarios (1).

Estos, que tienen dos pesas y dos medidas, unas para comprar y otras para vender, son los verdaderos inconsecuentes, y sobre ellos caerá la maldición del Señor que dijo:

"No tendrás en tu bolsa diferentes pesas, unas mayores y otras menores.

Ni habrá en tu casa medio mayor y menor.

Tu peso será justo y fiel, y el modio cabal y entero; para que vivas largo tiempo en la tierra, que el Señor tuyo te dará.

Pues tu Señor Dios abomina de aquel que hace tales cosas, y aborrece toda injusticia." (Deut. xxv. 13, 14, 15, 16).

Pudieran ellos, acaso, decir también que á su vez han modificado sus opiniones políticas por obra de la práctica y con el ejercicio del Gobierno. En buena hora; pero si así hubiere sucedido, convengamos en que sería suprema injusticia reservarse para ellos solos, á más del privilegio de los sueldos y de los contratos, el monopolio de los cambios de doctrina.

No; ¡eso sería ya demasiado! De buen grado reconocemos á los señores nacionalistas el derecho á obrar hoy de un modo distinto de como pensaron ayer; pero entonces, que lo digan francamente, que reconozcan el error cometido y que lo justifiquen, no exhibiendo conveniencias, sino presentando hechos y razones. Eso fue lo que hicimos los pocos conservadores que en el *Manifiesto* llamado de los

(1) Palabras del señor Ministro de Relaciones Exteriores en una reciente sesión de la Cámara de Representantes.